

Rabindranath Tagore en Alemania

POR FRANCISCO GARCIA CALDERON

RABINDRANATH Tagore—o Zakkur, como escriben más allá del Rin rechazando la ortografía impuesta al apellido exótico por escritores ingleses—ha visitado las ciudades de Alemania, y conversado con sus filósofos y sus poetas. A través de Europa examina el profeta viandante el contraste de dos civilizaciones: la oposición de Oriente y Occidente.

Tal vez le interesa hoy más el germanismo vencido, el Imperio desorbitado por Francia, a la cual corresponden, después de largo dolor, los terrestres privilegios de la gloria y de la fuerza. Prolonga su estada entre los tedescos. Llega de maravillosas tierras de renunciamiento y otea, en el Reich tembloroso, los primeros signos de la renovación espiritual, el abandono de inútiles quimeras.

Dije alguna vez a los lectores de este diario de las conversaciones del poeta hindú con el primero entre los filósofos franceses. Corrigiendo sombríos vaticinios de aquél, me explicó el señor Bergson cómo, sin las toscas manos de Calibán, sin el capital inglés, activo y eficiente, no habría conquistado la India ese orden frágil, paz de religiones y de castas, que permite a nobles agoreros poner, en libres disertaciones, los argumentos de un oportuno nacionalismo. En suma, es útil la civilización material si no renuncia el espíritu a su supremacía, si no abandona Ariel el estrecho mundo sublunar. Conciliando los dos continentes sus aspiraciones y sus esperanzas, se maridarán la contemplación y la acción, la gracia y la fuerza y se espiritualizará la vida cotidiana acercándose a Dios.

Tagore espera sin duda vencer esta actitud de desconfianza y de crítica. No admira sin reservas a Europa, prefiere el Oriente dulce y silencioso a los grandes pueblos blancos que buscan, como decía un personaje de Kipling, la dicha en la inquietud. No desconoce seguramente el valor de la civilización occidental, el poder de máquinas precisas, la influencia del oro trashumante. Pero, precisamente de este concurso de preeminencias en el orden material deriva el Viejo mundo una culpa cardinal, el orgullo, al cual somete sus pensamientos y sus hábitos. En provecho de la organización que es mecánica, que no persigue fin moral alguno, sacrifica el hombre su alma. Por dinero cambiaría los bienes más altos, la vida y la belleza. Siquiera en la India, dice el poeta bengalí, los instintos sociales,

la intacta capacidad de sacrificios, ponen restricciones a los apetitos. En Occidente, la industria acumula indefinidamente riquezas percederas. Sonreiría el europeo si se le hablara de ascetismo y de éxtasis. Nada quiere aprender de la secular sabiduría de Oriente y, entretanto, prepara guerras asoladoras en que va a hundirse su propio esfuerzo. Ante tales naciones altivas, pero caedizas, parece exclamar el profeta, como Juvenal en los tiempos de la decadencia romana: «Fu-



RABINDRANATH TAGORE.
(Dibujo de A. GARDUÑO).

nesta pecunia». El oro ha vencido al espíritu.

En Asia y acaso en Europa, poseerán los hombres venideros, lo afirma Tagore, la «visión de la unidad espiritual» y «el poder moral del amor». Civilización de cooperación y no de explotación pide él para el Indostán. El poder, la producción, el comercio, la riqueza, a esos fines secundarios consagra su actividad el occidental con «violentos movimientos y ruido agresivo y discordante». Antes de concederle la inmortalidad, Indra, amo entre los dioses de la India, le ha sometido a la tentación de la riqueza y no ha resistido a ella el varón fuerte. La gracia, la paz, la verdadera libertad del espíritu perecen en ese mundo turbio y tenaz. Nada puede esperarse de su existencia anormal, de la codi-

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

cia de impuros capitanes, de la pasividad de multitudes explotadas.

El conde Keyserling, fundador de la Escuela de la Sabiduría⁽¹⁾, le recibió en Darmstadt, como a señor y gúfa de espíritus. En Oriente escuchó a los grandes maestros que saben desgarrar el velo multicolor de las cosas. ¿Cuál sería el mensaje del yogui poeta? De su paso por la escuela queda una linda leyenda. Debemos esta simbólica interpretación a Erwin Rouselle. Una vez, refiere, los treinta y tres grandes dioses observaron que imperaban en el mundo el odio y el deseo y decidieron que nacería en él un Sabio, un excelso Varón. El llevaría a todas las gentes reflejos de la más alta Luz. Creció cantando Tagore, el niño sabio, y se transformó la tierra india, loca de un puro amor. Más tarde un Chatria que vivía en Darmanagara invitó al vidente que otoñaba y le llevó a su escuela. Turbas anhelantes le rodearon. Keyserling es el Chatria y Darmanagara la capital de la nueva sabiduría alemana. Los niños ofrecieron a Rabindra rosas en flor y les dijo el sabio: amo las flores y amo a los niños que son la más pura expresión de Dios. Lentamente llegaba al Occidente endurecido, en estas oraciones, la antigua ciencia de amor. Tagore ennoblecía a su auditorio y dulcemente le llevaba a la esfera de lo divino. Entre vosotros, declaró, existen grandes reinos sin alma que sólo conocen la fuerza y el poder. Dad, jóvenes, nuevo sentido a vuestras vidas. La palabra santa que se dilataba por el parque rumoroso era una bendición. Luego les dijo del beneficio de un gran dolor, de la unidad espiritual necesaria a los pueblos turbados. Partió, y quedó sobre la tierra «la huella persistente de una suave luz» y se admiraron los hombres de que pudiera existir tal perfección sobre la faz del mundo.

Otro filósofo, el profesor Paul Natorp, que se alzó en años de guerra y que predica hoy la excelencia de la concordia y de la vida interior, escuchó también al ilustre viajero. Incomparables e inolvidables fueron, escribe, las horas que pasó junto al sabio, en estrecha comunión con él. Cerca de Darmstadt conversó el vidente con los niños, le rodearon, en muchedumbre, obreros absortos. Desde una colina enseñó verdades simples, conmovió a la turba con las razones del corazón. Cantando respondían a su mensaje los oyentes en himno de sonora gratitud. Y es que, refiere el docto observador, Tagore descubre lo que hay de profundo, la obscura simiente divina en cada hombre y avizora a los espíritus que se despojan luego de mediocres

(1) Véase en este tomo el artículo de la página 34.